

PENSAMIENTO ECONÓMICO

John Maynard Keynes (y II): Un economista en acción

Miguel González Moreno

John Maynard Keynes (y II): Un economista de acción

Miguel González Moreno

Resumen: En el presente trabajo se ofrece una semblanza de John Maynard Keynes, señalando los principales aspectos de su vida y obra que le han llevado a erigirse en uno de los principales economistas de la historia del pensamiento económico.

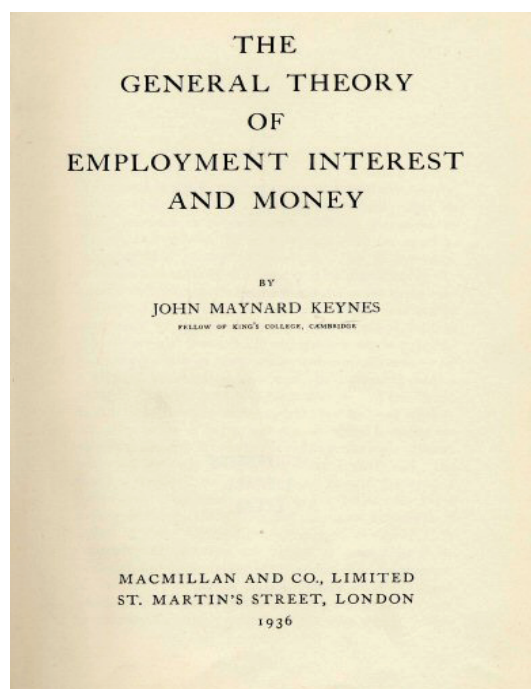
Palabras clave: Keynes; historia del pensamiento económico.

Códigos JEL: I30.

Aunque es mucho imaginar, supongamos que Keynes hubiese resucitado y que tal día como hoy impartiera una conferencia en Madrid. ¿Sobre qué disertaría? Aquí y ahora, cabe suponer que hablaría de las devastadoras consecuencias para el empleo de la recesión que padecemos; o de la crisis del sistema financiero que dificulta el restablecimiento de los canales del crédito; o del grado de sostenibilidad y viabilidad del Estado Social, cuyo desmoronamiento tendría un impacto directo sobre la cohesión social y la estabilidad política; o del nivel de endeudamiento de los diversos agentes de la economía, que impide cualquier atisbo de recuperación; o, por último, de la crisis del euro, más que esperable al no ser ese grupo de países una zona monetaria óptima.

Con una diferencia de 82 años esto que planteamos en el terreno de la economía-ficción ya ocurrió. El 10 de junio de 1930, en la Residencia de Estudiantes, dictó una conferencia con el siguiente título: *Las posibilidades económicas de nuestros nietos*. Como puede observarse, en plena Gran Depresión, el economista que, entre otras cosas, es recordado por aquello de que «a largo plazo todos muertos», no habló de los gravísimos problemas económicos que azotaban al mundo en aquellos tiempos, sino que haciendo alarde del mayor de los optimismos vaticinó que el mundo superaría aquella negra realidad y tendría un futuro mejor que el presente.

En mitad de una de las épocas económicas y financieras más convulsas de la historia, en la que se cuestionó seriamente la supervivencia del sistema capitalista, Keynes defendió su fortaleza y supervivencia. En contra de las apocalípticas previsiones de Marx y de Schumpeter, el economista británico estaba convencido de que con las decisiones y actuaciones adecuadas la economía de mercado podría afrontar el problema del desempleo masivo



y las desigualdades sociales. Esta y no otra, en términos orteguianos, era la misión de Keynes como economista: garantizar la pervivencia del capitalismo, aún reconociendo sus límites y fallos.

Su fe inquebrantable en la fuerza transformadora de las ideas llevó a Keynes a defender contra viento y marea sus creencias económicas, aunque estas estuviesen muy alejadas o fuesen contrarias a las vigentes en aquellos momentos. Se produjo un auténtico choque de trenes ideológico entre la ortodoxia de la economía clásica y los postulados de Keynes. Tildados de revolucionarios porque las teorías y las políticas propugnadas por Keynes no comulgaban con los principios clásicos, poniendo en tela de juicio el equilibrio presupuestario, la inacción del sector público, el ajuste automático de los mercados, la flexibilidad de los salarios, etc.

Si bien cuestionada con frecuencia, la cosmovisión económica de Keynes gravita en torno a cuatro teorías, referidas a: empleo, salarios, tipos de interés y dinero. Su concepción de cómo funcionaba la economía le llevó a rechazar de plano los mecanismos de ajuste esbozados por la economía clásica: los tipos de interés y los salarios. Keynes demostró que podía existir una desconexión entre las decisiones de ahorro y de inversión, desfase que persistiría aunque operásemos sobre los tipos de interés o la oferta monetaria. En consecuencia, la economía podría anclarse en una situación alejada del pleno empleo. Asimismo, Keynes diferenció el impacto micro y macroeconómico de un descenso de los salarios: a escala de cada empresa, podría tener un efecto beneficioso; pero desde el punto de vista del conjunto de la economía, una rebaja de los salarios traería consigo una contracción del consumo y, por tanto, de la demanda agregada. En cualquier caso, para Keynes el componente esencial de la demanda agregada era la inversión, que, al registrar frecuentes y pronunciadas oscilaciones, debía ser apuntalada y estabilizada con la inversión pública. Para él constituía un sinsentido que una economía se obsesionase con el equilibrio de las cuentas públicas mientras que infrautilizaba sus recursos productivos.

Ahora bien, Keynes no era un economista teórico, sino eminentemente pragmático, la teoría la diseñaba y le servía para entender la realidad económica, como paso previo y necesario para pasar a la acción, para abordar los problemas económicos que afectaban a la sociedad de su tiempo. Bajo esta premisa en Keynes van de la mano obra y tiempo histórico.

El compás de la historia marcó su agenda intelectual y sus propuestas reformadoras. La I Guerra Mundial dejó, como en tantos otros, una profunda huella en Keynes. Con ella concluyó una época expansiva en lo económico y fructífera en múltiples campos del espíritu humano, y se abrió un nuevo tiempo plagado de incertidumbres y negros presagios. En ese momento alumbró una de sus mejores obras: *Las consecuencias económicas de la paz*, que en opinión de Schumpeter: «El libro es una pieza maestra llena de conocimientos prácticos y, al mismo tiempo, de profundidad; implacablemente lógico sin ser frío; verdaderamente humano sin caer en lo sentimental; y en el que se afrontaban todos los hechos sin lamentaciones inútiles, pero, a la vez, sin desesperanza; en una palabra: era un dictamen correcto unido a un análisis profundo. Pero además era una obra de arte». En la actualidad no estaría de más volver la vista sobre

ella, pues Keynes demostró certeramente que la ceguera de los vencedores, imponiendo a Alemania unas reparaciones de guerra humillantes e imposibles de atender, se traducirían con el transcurrir del tiempo en graves problemas económicos, no sólo para el país germano sino también para el resto de países occidentales. Es inevitable, desde el presente y estableciendo todo tipo de salvedades, establecer un paralelismo entre lo ocurrido hace casi un siglo y las actuales condiciones leoninas impuestas a determinados países europeos con el único fin de que devuelvan lo prestado, sin importar lo más mínimo los costes económicos y sociales de semejante imposición.

Durante los convulsos años 20 y 30, el intelecto de Keynes se ocupó de temas monetarios, cambiarios y relativos a la depresión económica, llamando la atención sobre cómo los errores de política económica podían conducir a la economía al estancamiento, como así ocurrió en la realidad.

De su pluma salieron libros y artículos que deberían ocupar un lugar de privilegio en cualquier biblioteca y en la formación de todo economista: *Tratado sobre la reforma monetaria*; *Tratado sobre el dinero*; *Las consecuencias económicas de Mr. Churchill...* y, por supuesto, *Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero*.

Por orden cronológico, primeramente, su foco de atención se centró en dos cuestiones esenciales: la vuelta al patrón-oro vigente antes de la I Guerra Mundial y el papel de la política monetaria en la estabilización de los ciclos económicos. En el primer caso, Keynes advirtió de las nefastas consecuencias que para la economía británica tendría el retorno al orden monetario vigente con anterioridad a la contienda bélica; su recomendación de que se estableciese un sistema monetario distinto al de la preguerra y cuyo objetivo fuese la estabilidad de precios cayó en saco roto. La vuelta de la libra esterlina al patrón-oro, decidida por W. Churchill, estranguló la competitividad británica y más pronto que tarde ocurrió lo anticipado por Keynes: la necesidad de adoptar medidas deflationistas consistentes en la reducción de precios y salarios.

Conforme concluían los veinte y emergían los treinta, hizo acto de presencia el fantasma de la *Gran Depresión* de 1929. En los años previos a la crisis, en su *Tratado sobre la reforma monetaria*, Keynes propugnaba la actuación sobre los tipos de interés a corto plazo como la herramienta más idónea para estabilizar los flujos de crédito, pero a raíz de lo ocurrido en 1929, en el *Tratado sobre el*



dinero, creyó más conveniente la reducción de los tipos de interés a largo plazo; y, sólo en el caso en que la política monetaria se mostrase impotente ante esa tarea, la política de gasto público en inversión debería tomar el relevo para sacar a la economía de la depresión.

Todos estos hilos sirvieron para tejer la obra magna de Keynes: la *Teoría General*, aunque da la impresión que es una obra más citada que leída, a lo cual no es ajena su aridez. En esta obra asistimos al enfrentamiento de las ideas de Keynes con el cuerpo teórico de la economía clásica. En ella Keynes da respaldo teórico a las actuaciones de la política económica a corto plazo necesarias para superar la depresión y luchar contra el paro, sin importarle que fuesen a contracorriente de los

dogmas establecidos. Sin embargo, existe la opinión generalizada que la *Teoría General* fue, no tanto la partitura que permitió superar la *Gran Depresión*, como el mapa que orientó la política económica de la ola de prosperidad comprendida entre 1945 y 1973.

Si en el terreno de la economía la andadura intelectual de Keynes comenzó con sus críticas al Tratado de Versalles, no es menos cierto que concluyó con las consecuencias del otro gran conflicto bélico del siglo XX: la II Guerra Mundial. En este punto las contribuciones de Keynes fueron sobresalientes. Por un lado, aconsejó sobre cómo financiar el esfuerzo bélico británico; y, por otro, se dejó literalmente la vida en las negociaciones para establecer un nuevo orden económico y para conseguir un crédito estadounidense que permitiese a su país afrontar la dura postguerra.

Aunque Keynes falleció en 1946, su sombra ha sido y es alargada, alcanzando este presente económico tan preocupante. Como en esos pueblos afectados por una prolongada y pertinaz sequía, desde 1946 cada vez que ha habido un periodo de crisis se saca en procesión la figura de Keynes, en la creencia que sus ideas y políticas son atemporales. Sin entrar en la polémica sobre la vigencia del ideario keynesiano, lo que habría que preguntarse es lo siguiente: si ahora Keynes estuviese vivo ¿propugnaría las recetas keynesianas frente a la actual crisis? Más que sus ideas y propuestas, lo que deberíamos recuperar es el *espíritu* de Keynes, es decir, la convicción en el poder de las ideas, la creencia de que somos capaces de analizar racionalmente los problemas económicos y de luchar con inteligencia y perseverancia para superarlos. Entonces y sólo entonces, lograremos que el futuro sea mejor que el presente.

